

Al rededor del estilo

III

Estamos en lo ya consabido de Buffon, de que el estilo es el hombre. Pero como no se consabe qué sea el hombre, apenas si hemos adelantado un paso. Porque no es cosa de que retruquemos el aforismo diciendo que el hombre es el estilo. Sin que esto valga negar el valor de los verdaderos retruécanos, de los que retrucan los conceptos volviéndolos del envés al revés, como a un calcetín.

¿Qué es, pues, el hombre? Y ya que no podemos preguntárselo a Dios, único que parece que lo sabe, hagamos una definición metódica, o sea previsorá. Lo que equivale a hacernos el hombre.

Muchas definiciones se han dado del hombre desde aquella de Aristóteles, de que es un animal civil—«político» quiere decir civil—, y la de los escolásticos, de que es un animal racional—y es equivalente, pues sólo es racional lo civil—, hasta la mía, expuesta, creo, la primera vez en mi «Amor y Pedagogía», de que el hombre es un mamífero vertical. Definición que explayo de una manera satisfactoria en mi libro capital «Del sentimiento trágico de la vida». Pero ninguna de estas definiciones nos sirve para el estilo. Hay que dar una definición estilística o estilizada de él. Y por ahora nos servirá, por vía de método—o sea por vía de vía—, que digamos que el hombre es la persona. ¿La persona o la personalidad? Ya lo veremos. Que tampoco es lo mismo Dios que la Divinidad, digan lo que quieran los teólogos.

Bien, y ¿qué es, estilística o metódicamente, la persona? Conocidísimo es que la palabra persona, dicen ahora que de origen etrusco y que no tiene que ver con «sonar», significó primero la careta o máscara trágica o cómica que llevaba el actor antiguo cuando representaba lo que llamamos un papel, significó luego el papel o la persona, el personaje mismo representado, y por fin, trasladando su acepción del teatro inmediato e ingenuo al otro, al teatro mediato y artificioso de la

vida pública civil, vino a designar el papel que uno hace en la tragicomedia de la historia, el personaje que representa.

¿Y el que no hace papel alguno histórico?—«se me dirá»—, ¿el «que no representa nada en la vida pública»? A éste le llamaban los grilegos un *idiota*, que quiere decir tanto como un particular. Pero lo particular puede llegar a general, aunque otra cosa digan los tratados de lógica formal, y en rigor no hay más verdaderos idiotas a la antigua que los que hoy llamamos así. Porque todo animal, más

o menos civil, o sea más o menos racional, todo hombre representa un papel, y si no lo representa ante los demás hombres, lo representa ante sí mismo, delante de su íntimo espejo: la conciencia. Y no os quepa duda, lectores, de que por Carnaval, el hombre más particular, menos civil, menos histórico, se encierra en su cuarto, y bajo llave, tapa el agujerito de ésta, se pone una careta, y mirándose al espejo, con voz de falseta, se pregunta: «mascarita, ¿me conoces»? Y si llega a conocerse, descubre su personalidad, y con ella su estilo. Porque el hombre que descubre el papel que Dios—el supremo corego del universo, según Renán—le asignó en la tragicomedia de la historia, se descubre a sí mismo y halla su estilo.

Todo el que se sabe su papel tiene estilo. ¿Bueno o malo? Ya veremos, que esto de bueno o malo es una tontería, tratándose de estilo. ¡Aunque no...! Porque si llamamos bueno al estilo que pone de manifiesto la personalidad de su autor, y malo al que no la pone—y ésta es la derecha—, equivale a tanto como decir que el estilo llamado malo no es estilo. O por lo menos, que no es el del que lo usa. Un remedo no es un estilo. Si un idiota, un particular, quiere remedar la expresión de un civil, un general—en el sentido lógico—, se ve que el remedo no es estilo, y que ahí no hay personalidad alguna. Lo que nada tiene que ver, ¡es claro!, con la corrección gramatical y retórica. Sus tópicos, sus frases, sus metáforas, serán del común acervo, revelando la más arraigada idiotez fundamental.

Conviene, además, que no confundamos persona con individuo. La individualidad es cosa animal. El puro idiota—si es que se da fuera de lo patológico—es individuo, pero no es persona. Y hay que hacer esta salvedad, porque con frecuencia se confunde individualidad con personalidad, y así suele hablarse de «cuestión personal» y de «poder personal», muchas veces en que se trata sencillamente de cuestión individual y de poder individual. Porque no puede haber ni cuestión ni poder personales donde no hay personalidad.

¿Pero y los que por fatalidad del destino tienen que representar un papel histórico de gran alcance?—se nos dirá. Y aquí tenemos que distinguir entre el destino externo y el interno. El destino de Napoleón Bonaparte el Grande, por ejemplo, nada tiene que ver con el de cualquiera de esos pobres emperadores, Francisco José, pongamos por caso, que tuvo que hacer por de fuera un papel que no le salía de dentro. Fue Napoleón el Grande el que nació emperador. Su sobrino, Napoleón el Chico, o III, no nació emperador. Y de aquí que Napoleón el Grande tuviese estilo imperial, y no lo hayan tenido tantos pobres emperadores que nacieron para cualquier otra cosa. Ni imperial es imperianista, como personal no es personalista, ni español es españolista. Así como tampoco tienen estilo los estilistas. Que es a lo que ahora vamos.

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo IV